

De profesión historiador

Por cuarta vez nos disponemos a presentar al lector el nuevo número publicado por la *Revista Historia Autónoma*. Como los anteriores, hemos incluido un conjunto de trabajos que recogen algunas de las líneas de investigación por las que transcurre, hoy en día, el conocimiento sobre el pasado. Se trata de variadas perspectivas de estudio que plantean nuevos interrogantes sobre diferentes épocas o temas, que son abordadas desde el sólido rigor historiográfico y, en ocasiones, sirviéndose de un análisis interdisciplinar. Estas aportaciones vienen acompañadas por una entrevista a Juan Carlos Pereira y Carlos Sanz, profesores del departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, con quienes tuvimos la oportunidad de dialogar sobre aspectos trascendentales (y polémicos, la mayoría de ellos) referidos al trabajo del historiador.

Resulta complicado encontrar, a día de hoy, un colectivo profesional que no esté atravesando serias dificultades en el desarrollo de su actividad. La realidad actual está imponiendo enormes limitaciones que oscurecen el panorama que se presenta ante sus pies. Los historiadores no permanecen ajenos a este cuadro general, sino que se ven inmersos en problemas similares, a los que se añaden otros particulares del conocimiento pretérito. Trabas que inciden directa o tangencialmente en su labor, pero que tienen graves repercusiones en esta.

Nos detendremos, en primer lugar, en aquellas cuestiones que chocan frontalmente con el trabajo del historiador. En números anteriores ya hemos aludido a algunas de estas cuestiones, como el recorte de becas tanto para estudiar como para investigar, el descenso de la financiación a los proyectos o la escasa renovación de los puestos docentes. La verdad es que el panorama apenas ha cambiado. De hecho, en algunos aspectos ha empeorado si cabe más. La disminución de las ayudas postdoctorales incluidas en los programas Juan de la Cierva y Ramón y Cajal es un buen ejemplo de a añadir a la lista. Todo esto no hace sino estrechar aún más el cerco sobre los investigadores, especialmente sobre aquellos que se encuentran todavía en su periodo de formación, obligándoles a vivir continuamente en el alambre, sin saber si el próximo paso que vayan a dar supondrá su caída al vacío.

Por si no fuera poco, muchas investigaciones en curso tienen que afrontar una insólita dificultad adicional. La decisión del gobierno de bloquear cierta documentación del Ministerio de Defensa y cerrar el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores supone que un gran número de historiadores vean imposibilitado el acceso a fuentes indispensables para su trabajo. Se trata de un nuevo revés para los profesionales, de consecuencias incalculables, que contribuye a enturbiar el panorama y poner en peligro numerosas investigaciones, ya sean de españoles o de personas que acuden a nuestros archivos a consultar aquella documentación que, en principio, deberían albergar pero que, en la práctica, no se les permite analizar.

Hay otros elementos que, sin incidir frontalmente en la labor historiográfica, contribuyen también a empeorarla o ponerla en grave peligro. Uno de los más significativos es el ámbito escolar. La reciente aprobación, en diciembre de 2013, de la Ley Orgánica de Mejora de la Calidad de la Enseñanza no solo ha reabierto el debate educativo, haciendo que todos los colectivos implicados en él (alumnos, profesores y padres) se hayan unido por primera vez contra la política gubernativa en la denominada *marea verde*. Además, ha dejado sin solución algunos de los graves problemas por los que atravesaba la enseñanza de la historia, agravando incluso otros. Por citar un ejemplo, parece que va a persistir la repetición de los contenidos a impartir en dos asignaturas consecutivas, Historia de 4º curso de ESO (obligatoria para todos los alumnos) e Historia del mundo contemporáneo de 1º curso de Bachillerato (que solo cursan quienes escogen la modalidad de Humanidades y Ciencias Sociales). Estamos a la espera todavía del desarrollo curricular que deben llevar a cabo las Comunidades Autónomas, aunque da la impresión de que no habrá modificaciones sustanciales al respecto. En cambio, sí se producirá una alteración de los contenidos si finalmente se implantan medidas como las anunciadas recientemente por la Comunidad de Madrid. Asesorados por un comité de expertos muy vinculados ideológicamente al gobierno autonómico, se pretende que los estudiantes aprendan, por encima de todo, un conjunto de fechas de gran importancia a nivel nacional. Ello supone la vuelta a un aprendizaje memorístico del pasado que no da oportunidad a una reflexión crítica del devenir histórico. Se trata de una cuestión fundamental para mejorar las bases sobre las que se construye nuestra ciudadanía, más teniendo en cuenta que la etapa escolar representa el único momento en el que la mayoría de los individuos se aproxima a una historia *académica*.

Ahora bien, ante todo este panorama, ¿qué resquicios le quedan al historiador? ¿Qué papel se ve abocado a desempeñar en la sociedad? ¿Es consciente esta de la función que deben llevar a cabo? Intentaremos dar respuesta a estas preguntas a continuación, sabiendo que algunas de ellas cuentan con un amplio bagaje teórico a sus espaldas pero partiendo de la convicción de que es necesario volver a reflexionar sobre ella a fin de actualizarlas al contexto presente, sin que ello signifique perder sus esencias.

Los historiadores son los encargados de interpretar las realidades pretéritas. No solo tienen como misión conocer qué sucedió en el pasado, sino convertir ese mismo conocimiento en herramientas que aproveche la sociedad en el presente. En otras palabras, no debe limitarse a ejercer de cronista, almacenando recuerdos, sino que ha de actuar como un manantial de análisis crítico sobre los acontecimientos contemporáneos.

Esta faceta del historiador no parece que sea asumida por la ciudadanía, precisamente en un momento en el cual se hace un importante consumo de contenidos históricos a través de múltiples canales. Las películas y series de televisión ambientadas en diferentes épocas, la literatura englobada bajo la etiqueta de novela histórica, el turismo cultural o los videojuegos atestiguan a la perfección que existe un gran interés hacia el pasado por parte de la población.

Sin embargo, no sería sensato que los profesionales de la disciplina historiográfica se preocupasen únicamente de ofrecer a sus colegas los resultados de su trabajo. Al contrario, la postura más adecuada es involucrarse en los múltiples canales a través de los cuales llega la historia a los ciudadanos. Tomar parte activa en los equipos encargados de preparar los contenidos enumerados en el párrafo anterior permitirá que proporcionen un conocimiento histórico que vaya a la par del ritmo de la investigación. De hecho, habría que intensificar su presencia en el proceso de elaboración de los materiales didácticos destinados a la enseñanza de la historia en el periodo escolar, pues representa uno de los medios que con más intensidad acercan el análisis del pasado a los ciudadanos. Por tanto, es de vital importancia que los especialistas se impliquen en la preparación de los recursos y contenidos que el profesorado de educación secundaria utilizará en el aula, a fin de que respondan a los avances en la investigación histórica y no a los intereses de las autoridades políticas.

Lo anterior no significa que los historiadores deban dejar de lado sus investigaciones. Creemos que la combinación de ambas esferas es la fórmula idónea para satisfacer los intereses, por un lado, de la comunidad historiográfica y, por otro, de una sociedad que demanda de manera creciente contenidos de naturaleza histórica. Hay que tener en cuenta, además, que la financiación de los proyectos de investigación procede fundamentalmente de fondos públicos, por lo que lo más justo es devolver a la sociedad los resultados de aquellos. El canal, en principio, no debe ser la preocupación. Tanto vale un artículo en una publicación científica como un documental o un libro de texto para estudiantes de educación secundaria. El objetivo que debe perseguirse es difundir el conocimiento histórico entre la sociedad, independientemente del medio que se utilice, para que esta ponga en valor el trabajo de los investigadores e interiorice la necesidad de contar con sólidos análisis sobre el pasado.

Queremos concluir este editorial con una cuestión más personal. Este cuarto número supone el último que publicaremos contando, en nuestro equipo editorial, con tres personas que han formado parte de él desde que iniciamos el proyecto allá por la primavera del año 2011. Tres personas que han sido claves en el nacimiento y primer desarrollo de esta revista, y que han jugado un papel determinante para que hoy seamos lo que somos, pues sin su trabajo e implicación todo habría sido muy diferente (y posiblemente mucho peor). Alicia, Juan Luis y Tomás, creemos que el mejor agradecimiento que podemos daros por estos casi tres años de colaboración es dedicándoos nuestro cuarto número.

Marcos Marina y Juan Carlos Merino.
Directores de la *Revista Historia Autónoma*.

